LECCIONES CON KIAROSTAMI

Título original *Lessons with Kiarostami*
Traducción Felipe González

© Sticking Place Books, Nueva York, 2015
© Esquina Tomada Ediciones, Medellín, 2022

Diseño de cubierta Sofia Saldarriaga
Diagramación José Durán
Foto de portada Abbas Kiarostami en Italia
© Sticking Place Films Inc.

ISBN 978-958-53977-4-3
www.esquinatomada.com

LECCIONES CON KIAROSTAMI

Abbas Kiarostami
Edición de Paul Cronin

Para Gabrielle

Prólogo

A todo cineasta independiente le gusta pensar que él o ella es único, y muchos de nosotros quizá lo somos, un poco. Pero nadie es más singular que mi buen amigo Abbas Kiarostami.

Aquí está él, uno de los más grandes de todos nosotros, el creador y maestro de la epopeya minimalista, el visionario que ha elevado el cine de la humanidad a un nivel de pureza sin precedentes, el maestro reacio que nos confronta modestamente con verdades tan profundas que enceguecen con su luminosa clarividencia, el escandaloso provocador con una capacidad estimulante para hacer declaraciones sobre sus ideas y métodos que te sorprenderán tanto que probablemente gritarás en voz alta, aunque con alegría.

Las pepitas de la sabiduría de Abbas y los puntos de vista ganados con esfuerzo se encuentran dispersos a lo largo de este libro inspirador como ciruelas en un pudín. Personales, prácticos, profesionales, humorísticos, emocionales, filosóficos, artísticos y técnicos, todos son profundamente útiles para el aspirante a cineasta. Pero mientras Abbas nos guía suavemente, finalmente deja que cada uno de nosotros encuentre el camino hacia nuestra propia verdad. Como tal, este libro seguramente se convertirá en una piedra angular de la literatura cinematográfica.

Mike Leigh

Entre 1995 y 2015 Abbas Kiarostami —el director de cine iraní de *¿Dónde está la casa de mi amigo?*, *La vida y nada más*, *A través de los olivos*, *Primer plano*, *El sabor de los cerezos*, *El viento nos llevará*, *Diez*, *Shirin*, *Copia certificada* y *Como alguien enamorado*— participó regularmente en festivales y campus, trabajando de cerca durante varios días con jóvenes cineastas, guiándolos a ellos y sus proyectos, enviándolos con cámaras, luego proyectando y discutiendo los resultados. Este libro se ha conformado a partir de notas tomadas durante diez años en una serie de talleres (Londres, Marrakech, Potenza, Oslo, Nueva York, Siracusa), sumadas al material acumulado durante numerosas conversaciones con Kiarostami, algunas en su casa en Teherán, algunas grabadas durante los intervalos del taller.

Kiarostami fue consciente durante mucho tiempo de que aprendemos tanto de nuestros pares como de nuestros instructores, que producir un flujo de trabajo es el enfoque más eficiente para el aprendizaje, que la mejor manera de comprender las complejidades del cine es habitar un ambiente dentro del cual un grupo de personas entusiastas, creativas, receptivas y disciplinadas puedan esforzarse comunitariamente. En el mejor de los casos, sus talleres son solo estos escenarios, espacios físicos donde se desarrollan ideas y se realizan cortometrajes a gran velocidad. Evitan el discurso directo. En su lugar, se reúnen tropas (idealmente

con cierto nivel de experiencia), se fomenta la diversidad de opiniones y la inclusión, se da una sucesión de saltos hacia lo desconocido. Al igual que en estas sesiones en vivo, el diálogo entre el maestro y los estudiantes en este libro surge relativamente temprano porque es durante los primeros días de tales interacciones cuando las ideas fluyen más densas y rápidamente. Una vez que se establece un cierto tono, se logra un ritmo, se envía a los estudiantes afuera para filmar, para cumplir con sus ideas del taller, y finalmente se revelan los resultados. Siguen sesiones de crítica y deliberación, a lo largo de las cuales Kiarostami, describiendo, a través de un intérprete, cómo podría haberlo hecho, nos ayuda a limpiar nuestros lentes metafóricos y embarcarnos en el trabajo futuro con una visión fresca.

Sin duda, todo ha sido hecho antes, por alguien con un nivel de experiencia similar, por un cineasta tan hábil y carismático. Jamás insistiría en la singularidad de talleres de Kiarostami, ni de las ideas que expone ni de su método de explicación. Pero lo sencillo siempre es nuevo y tonificante para alguien, digno de ser articulado tanto en la página como en el aula (¿cómo discutir con el fervor de algunos estudiantes?), así que es difícil no deleitarse con el enfoque de Kiarostami. Más allá de esto, hay mucho que admirar: su visión, la renuncia a los dogmas, la calidez y la autosuficiencia, la quietud, la cualidad mítica —el caminante, el hombre en el desierto— y la falta de capricho. Todas estas cualidades me sientan bien y me han ayudado a reconectarme con algunos de los intangibles de la vida, con cosas ilimitadas. ¿Y quién no envidia la participación de Kiarostami en su propia inventiva, un compromiso tan profundo que —benignamente cerrado, por temperamento y terreno, pero inmensamente productivo— llega a conmoverlo en el trabajo con otros ar-

tistas y cineastas, teóricos y críticos? Este es un hombre que no puede hacer nada más que lo suyo, que podría dar la espalda y estar satisfecho con pasar el resto de sus días solo, procesando los contenidos de su mente.

También son fascinantes su sensibilidad como artista y sus habilidades como cineasta. Experto en trucos de manos, la aparente simplicidad de las películas de Kiarostami es engañosa, desmintiendo la complejidad de su disposición, precisión y diseño intrincado. Los audaces logros conceptuales y técnicos detrás de su trabajo casi nunca son evidentes de inmediato, lo que lleva a que sus películas parezcan descontroladas y casuales, a veces incluso amateurs. Otra perspectiva de su proceso casi invisible, una mirada más cercana a su cine —en el que el péndulo oscila suavemente de la ficción a la no ficción—, en asocio con los apuntes de este libro, pueden arrojar una evaluación diferente. Felicito a cualquiera que sea capaz de enseñarnos todo lo que necesitamos saber sobre la noción crucial del suspenso presentando poco más que la imagen de olas rompiendo contra rocas, sobre las cuales yacen, desprotegidos, tres huevos. A lo largo de la película de diecisiete minutos de Kiarostami, *Huevos de gaviota*, sabemos lo que probablemente sucederá a continuación, pero exactamente cuándo y cómo es lo que está en juego. El de Kiarostami es, entre otros logros, un cine dinámico de evocación, motivado por un espíritu creativo que puede resumirse en lo que Albert Camus escribiera en 1938: «La verdadera obra de arte es la que dice menos».

Los iniciados y acólitos que hemos asistido a sus asambleas pedagógicas, quienes tenemos la suerte de haber viajado con Kiarostami y disfrutado de su resplandor, respondemos como lo hizo Marlene Dietrich después del tiempo que pasó con Orson Welles: «Cuando hablo

con él», dijo efusivamente, «me siento como una planta que ha sido regada». Justo cuando crees que no hay nada más interesante que decir sobre el tema que nos ocupa, Kiarostami dirá algo interesante, abordando una idea desde un ángulo diferente, volviendo a ella días después de haber sido expuesta por primera vez, reforzando en todo momento conceptos clave. Parece una fuente inagotable, durante los talleres a los que asistí a menudo dirigía sus pensamientos con matices de tiempo y tono. Por otra parte, en varios participantes que se me hicieron fraternos, noté que estaban siendo empujados como contra una pared, como obligados por un raro momento a descifrar todo por sí mismos. Confrontados repentina y sorprendentemente por la necesidad de tomar ciertas decisiones definitivas, de responder preguntas que de otro modo nunca habrían considerado o incluso evitado dada su dificultad. Al responder a tal confrontación, nutridos por las lecciones de Kiarostami, estos estudiantes con frecuencia adquirían coraje, como llenos de deseos y ambiciones vivas, con un nuevo grado de autorrealización, autoindagación, autoconciencia. Me pareció emocionante verlos, y esperaba que todos los demás también lo hicieran, incluido Kiarostami, que se deleitaba con los éxitos y el trabajo duro de los demás. Como nos dice Hafez, el poeta persa del siglo XIV, lleva siempre fuego en tu corazón y asegúrate de que las lágrimas fluyan. Algo menos que eso es indiferencia.

Lo que sigue no es un tradicional libro de entrevistas o un manual de realización cinematográfica, mucho menos un reporte del cine iraní o un estudio de las películas de Kiarostami. Sí es en cambio una destilación de técnicas y métodos de trabajo, un intento de capturar la esencia de una experiencia a menudo misteriosa. Es

un constructo, una interpretación y una cuidadosa condensación de fragmentos escogidos que conforman una especie de metodología escrita en primera persona desde el punto de vista de Kiarostami. Refleja una apreciación subjetiva de su enfoque ingenioso de la narración, de su filosofía de vida y de sis sentimientos respecto al mundo que lo rodea, deja así mismo ver su perspicacia y orientación hacia la claridad. Es una poética, un tratado sobre la creación y el sentido del cine que expresa aspectos de la sensibilidad estética de Kiarostami. Es sobre todo una suerte de guía práctica estructurada en torno a principios generales.

En una entrevista reciente, Mike Leigh habló de su creencia de que «realmente no puedes filmar o mostrar el momento creativo en la pantalla... Puedes evocarlo, puedes insinuarlo, puedes exponer la justificación de las imágenes, pero la creación real en sí misma es escurridiza y yo diría, en términos estrictos, imposible de filmar». La dificultad para traducir estos momentos en palabras es igualmente ostensible. Sin embargo, este libro es un intento de transmitir en la página los pensamientos e impulsos detrás de los momentos creativos de Kiarostami como realizador de cine, fotógrafo y poeta. Quizá, con un poco de suerte, un tanto enigmático, pide a sus lectores lo que Kiarostami —enternecedora, admirablemente, en un modo de eterna aspiración y descubrimiento— pide a quienes ven sus películas: que las procesen ellos mismos, cada parte a su debido tiempo. Al igual que sus películas, *Lecciones con Kiarostami* plantea más preguntas de las que responde. Nunca presumiría ser la última palabra.

Imágenes de Kiarostami, jefe de taller, permanecen en la mente. Tomando fotografías a través de las ventanas de un automóvil que circula a toda velocidad por las car-

reteras lluviosas del sur de Italia. Compartiendo vino tinto en cada cena. Paseando, cámara en mano, por las montañas cerca de Marrakech. De pie, con cara de piedra, en una callejuela, una mañana muy fría de Manhattan, mientras un equipo filmaba su corto. Cuatro recuerdos perduran en particular, cada uno de los cuales resume cualidades que intrigan e impresionan: su agudeza visual y auditiva, su artesanía, su aparente serenidad, su capacidad para encontrar majestuosidad en lugares donde pocos la pensarían. En un momento durante nuestro tiempo juntos en una habitación espaciosa en South Kensington, durante el taller de Londres de 2005, mientras la luz del sol entraba a raudales por las ventanas, me alertó sobre un diseño fantástico en la alfombra y dijo: «¡Qué sombra tan extraordinaria!» Una tarde, durante el taller de Marrakech más tarde ese año, quiso mostrar su película *Cinco* a Martin Scorsese, quien se había presentado como conferenciante invitado. Se encontró una habitación y alguien colocó papel negro en la ventana para bloquear la luz. Kiarostami no estaba contento con el resultado, por lo que la desmontó y él mismo emprendió el trabajo, primero estudiando la forma de la ventana a varios metros de distancia, luego cortando y doblando un poco de papel de regalo. Cuando finalmente lo colocó sobre el cristal, la pieza encajaba perfectamente. En otro taller, en el norte del estado de Nueva York, Kiarostami, de setenta y cinco años, habló de sus tres meses en Praga más de cuatro décadas antes. Me recitó el anuncio hecho por el sistema de megafonía de los tranvías de la ciudad, algo que había escuchado durante semanas pero nunca, desde entonces y a la fecha en que nos contaba esto, conoció su significado. En Teherán, pasé una noche en el estudio de un artista, viendo a Kiarostami mirar fijamente una gran impresora industrial que, milímetro a milímetro,

enviaba suavemente al mundo una de sus fotografías. Horas más tarde todavía estaba a mitad de camino. El monástico Kiarostami se sentó, observando atentamente, en silencio, mientras la imagen rodaba constantemente por el suelo. La atención al proceso era para él una forma de meditación.

¿De dónde *Lecciones con Kiarostami*? De la fascinación por sus películas, fotografías y poesía (que un buen día bien podría ser incluida en el canon del verso persa moderno). Del interés en la idea de Kiarostami de «reeducar la mirada del espectador». De años de relación con sus talleres y la correspondiente emoción y maravilloso desconcierto. De una creencia quizás engreída en la responsabilidad de documentar estas sesiones desafiantes y fugaces. Del entusiasmo que se siente al leer la obra de un puñado de los exponentes más apasionados y perspicaces de Kiarostami. De la insatisfacción con el *10 de diez* del propio Kiarostami, en el que durante noventa minutos ejerce una pulsión didáctica discutiendo métodos cinematográficos. Habiendo pasado tanto tiempo con él, sentí que había una forma más efectiva de representar esas ideas, que giran en torno a su deseo, que es también la esperanza de este libro, de ser útil para el estudiante de cine promedio.

Tres reflexiones finales. En primer lugar, cualquier lector que admire las películas de Kiarostami y desee profundizar en su enfoque para hacerlas, podría estar interesado en las páginas que siguen. Pero uno no necesita estar particularmente familiarizado con el trabajo de Kiarostami para apreciar este libro. De hecho, para avanzar más en esa dirección, uno podría prestar poca o ninguna atención al mundo del cine y, sin embargo, encontrar algo significativo. En segundo lugar, el inquieto y enérgico Kiarostami seguía haciendo películas, deambulando, prestando sus esfuerzos a talleres en todo el mundo, lo que significa que si bien este

libro se ofrece a los lectores en forma terminada, comporta un proyecto aún en marcha. En tercer lugar, una inmersión en el mundo de Kiarostami implica la investigación no solo de sus películas, sino también de su fotografía epódica y poesía imaginativa, un proceso que revela correspondencias convincentes entre los tres, además de exponer la fuente del cine por el que es conocido en todo el mundo: la poesía persa, antigua y moderna. Esta es una de las razones por las que la publicación de *Lecciones con Kiarostami* va acompañada de lo que puede considerarse como un apéndice masivo: una colección de traducciones del verso original de Kiarostami y sus selecciones de una variedad de poetas persas, incluidos Nima, Hafez, Saadi y Rumi.

Este libro es parte de una trilogía no planeada que explora los métodos de trabajo y la filosofía pedagógica de tres cineastas (Werner Herzog y Alexander Mackendrick son los otros dos), todos unidos de alguna manera por una búsqueda de lo que Herzog llama «imágenes adecuadas». Kiarostami, siempre en busca de lo que no le era familiar, nunca estaba demasiado entusiasmado con lo que estaba planeando, aunque analizó cuidadosamente la versión persa de este libro, momento en el que creo que llegó a ver su valor y utilidad, y enfáticamente le dio —y a nuestro proyecto de poesía— su visto bueno.

El apoyo y la asistencia para este proyecto provienen de la Academia Británica. Fotografía del inescrutable Presley Parks. Si mis experiencias en los talleres fueron la carne y las papas de este libro, mi viaje a Irán y el tiempo que pasé con Kiarostami en su ambiente hogareño agregaron un condimento muy necesario a cientos de páginas de notas escritas a mano. Agradecimiento especial a Negin Fazeli, *consigliere* de confianza en Teherán, quien brindó una introducción tan cautivadora a la cultura y la sociedad

persas. Mientras traducía este libro al persa (publicado al tiempo de la edición en inglés), el ilustre Sohrab Mahdavi ofreció un comentario vital sobre sus temas. Sus contribuciones y conocimiento del léxico sufí sustentan todo mi proyecto sobre Kiarostami. El erudito Iman Tavassoly me abrió el mundo incandescente de la poesía persa, por lo que doy profundas y humildes gracias. Trabajar con Iman como cotraductor ha mejorado enormemente *Lecciones con Kiarostami*. Y gracias a Abbas, guía entusiasta en el camino, que expone aquí un modelo de lo que puede ser una escuela de cine coherente y convincente, que en el camino lleva siempre una linterna poderosísima. Elocuente es el logro de una sabiduría que nunca se esfuerza por ser duradera.

Paul Cronin

Hay tierra sin explotar junto a la mía. Cada uno de ustedes puede tener ciento sesenta acres, y luego tendremos seiscientos cuarenta acres en una sola pieza. La hierba es profunda y rica, y el suelo solo necesita ser removido. Sin rocas, Thomas, para hacer que tu arado dé saltos mortales, sin salientes que sobresalgan. Haremos una nueva comunidad aquí si vienes.

John Steinbeck,
A un dios desconocido

No emprendas el viaje por este camino
sin la compañía de Khidr, el guía de las almas.
Cuidado con perderte en la oscuridad.

Hafez

Como dramaturgo, consideraría que he cumplido con mi deber si lograra plantear una pregunta, en una obra mía, de tal manera que a partir de ese momento los miembros del público no pudieran vivir sin una respuesta. Pero debe ser su respuesta, la suya propia, que sólo pueden dar en el marco de sus propias vidas.

Max Frisch,
Cuaderno de bocetos 1946 - 1949

He navegado. He estado allí y he vuelto.
Estoy aquí, donde me necesitan.

Harold Pinter,
Tierra de nadie

Aquellos que son hábiles en la imaginación están mucho más satisfechos consigo mismos de lo que razonablemente podrían estar los hombres prudentes.

Pascal,
Pensamientos

Kiarostami, en uno de los talleres de Siracusa

No tengo nada que enseñarte. De hecho, a lo que hago en reuniones como esta nunca me refiero como enseñanza, porque no me gusta la palabra. Algunas personas que se encuentran hablando con grupos de jóvenes cineastas insisten en que hay « reglas » específicas que se deben obedecer. Pero el cine no está anclado a ninguna metodología o conjunto de ideas en particular. El cine no se puede enseñar como muchas otras cosas, lo que significa que lo que voy a decir esta semana no debe tomarse como un evangelio. Aunque tengo cierta edad, mayor que todos ustedes, nunca he sido de los que ofrecen consejos y le dicen a la gente cómo deben hacer su trabajo. Mi trabajo es simplemente hacer sugerencias y hablar sobre mi forma particular de hacer las cosas, que es un método entre muchos, y que hasta el día de hoy continúa evolucionando.

He hecho un puñado de estos talleres antes, y he aprendido algo en cada uno de ellos. Días como estos están llenos de experiencias esclarecedoras para mí porque puedo dar un paso atrás y pensar como un principiante. Cada vez que hago un largometraje estoy bajo la sombra y en las garras de un productor. No es fácil probar cosas nuevas dentro de las costosas estructuras de la producción cinematográfica profesional, lo que trae consigo ciertas responsabilidades que cierran oportunidades para la experimentación, si bien ese deseo mantiene latente dentro de esas estructuras. Pero aquí, con ustedes, tengo la oportunidad de reencontrarme con mis sentimientos juveniles e ingenuos hacia el cine. Resulto pensando en mis propias películas mientras escucho a los participantes (soy reacio a lla-

marlos estudiantes) y veo su trabajo. Y, por supuesto, yo mismo no soy inmune a la instrucción. Basándome en el tiempo que pasé con cineastas en Turín hace unos años, volví a casa en Teherán y cambié el final de la película que estaba haciendo.

Mi trabajo aquí no es más importante que lo que cada uno de ustedes puede aportar individualmente al grupo. No estamos aquí para juzgarnos o imponer nuestros gustos. El objetivo es ayudarles a dar rienda suelta a sus motivaciones para que puedan hacer películas que podamos ver juntos. Mi esperanza es que esto sea una conversación, un diálogo. Todos somos eslabones de la cadena, idealmente llenos de ideas sobre el trabajo de los demás, con la esperanza de fluir con empatía el uno por el otro. No se trata de ejercer nuestro espíritu competitivo.

Durante los primeros días de talleres anteriores, me encontré anhelando entrar en una habitación como esta y descubrirla vacía, con todos afuera ocupados filmando. Lo más frustrante en eventos como estos es no poder persuadir a los participantes para que se pongan a trabajar. Es desalentador escuchar a la gente decirme que lo que les estoy pidiendo que hagan es difícil. Es como recibir una patada en las espinillas. Cuanto más pesada es la carga, más inercia hay. El miedo al fracaso puede ser paralizante, razón por la cual los participantes menos experimentados suelen ser los que tienen menos preocupaciones y el impulso más poderoso. Parece que les resulta más fácil salir y hacer el trabajo. Tal vez deberíamos emularlos esta semana, con los experimentados siguiendo el ejemplo de los recién llegados. En el último taller había más de mil postulantes para treinta lugares, y de todos modos aparecieron varias personas que no habían sido aceptadas, de pie y escuchando en la puerta, por lo que los organizadores decidieron dejarlos entrar. Esos participantes no oficiales fueron los primeros en preguntar. Fueron los primeros en salir a hacer películas y traerlas de vuelta para mostrárselas a todos. Una mujer hizo un corto que todos disfrutamos. Alguien le preguntó cuáles eran sus antecedentes. «Trabajo

en la tienda de sándwiches al otro lado de la calle», explicó. Los cineastas experimentados se quedaron en sus asientos mientras esta joven fabricante de sándwiches salió corriendo para hacer una película.

El enfoque de nuestro tiempo aquí no debería ser hacer películas en las que puedas incluir todos los trucos que hayas aprendido. No estoy buscando ideas completamente realizadas, mucho menos obras maestras, el tipo de cosas que requieren una planificación meticulosa y que se pueden agregar a su currículum. No existe una película perfecta, solo una película con menos errores que la anterior. Tener una idea y comenzar la producción es lo más importante. Encuentra un compañero o una pequeña cohorte con quien trabajar, si eso te ayuda a despertar más rápido y más plenamente. No estés tan orgulloso de no pedir ayuda. Acepta ideas de cualquiera. Suele ser más eficiente si todos ponen en común sus talentos y recursos individuales. Una partida de caza puede ser más eficaz que el guerrero solitario. Y sean rápidos. Los días pasarán más rápido de lo que se imaginan. Controlen su propio ritmo y aprendan de los errores. Si no están contentos con lo que terminan, no vale la pena ni un minuto de preocupación. Solo déjenlo a un lado y comiencen de nuevo. Necesitamos películas que sean como pedazos de papel que puedas arrugar y tirar si no estás satisfecho. Los proyectos pequeños nos mantienen ágiles para los más grandes. Un cortometraje puede ser improvisado, pero al menos existe.

Escuchen lo que dicen todos a su alrededor, no solo yo. Juntos podemos brindarles soluciones a algunos de sus problemas cinematográficos. Nunca nada está completamente más allá de la reparación. La mayoría de las veces, sin embargo, sospecho que podrá responder sus propias preguntas. Nunca pensaría en eludir mis responsabilidades, pero gracias a las cámaras digitales que tenemos a nuestra disposición, tienen todas las oportunidades para explorar y descubrir su creatividad en sus

propios tiempos, en sus propios términos. Los días que compartimos no se tratan tanto de que les enseñe como de que se animen a buscar dentro de ustedes mismos lo que se requiere. Nunca tuve una formación cinematográfica formal, lo que tiene ventajas y desventajas. Cuando comencé como cineasta, no sabía cómo funcionaba la profesión, lo que significa que no tenía miedo. Simplemente no sabía de qué había que temer. Para aquellos que ya se graduaron de la escuela de cine, no se sientan demasiado orgullosos de haber recibido una educación formal en cine. La escuela nunca ha sido el único lugar para adquirir conocimientos. La orientación puede ser útil, pero no deberían necesitar que nadie les diga que lean un libro o hagan una película. O quieres aprender o no. Demasiadas personas pasan cuatro años pagando por lo que se puede digerir y comprender en cuatro semanas.

Siempre he considerado que la mejor escuela de cine es la que construyes tú mismo, impulsada por tus propias necesidades y motivaciones. Edúcate mirando, entrenando tu ojo, luego haciendo, viendo y haciendo películas. No es difícil hacer una película poco interesante, pero los proyectos dignos son más complejos y, a menudo, tienen poco que ver con los recursos de una escuela de cine. Son el resultado de compulsiones de las que no puedes deshacerte, por mucho que lo intentes. Son el producto de una imaginación inquebrantable.

Disfruto escuchando historias, así que espero que en los próximos días hable cada vez menos. Hay pocas habilidades más vigorizantes que ser capaz de contar una historia a una multitud expectante. Podría tratarse de cualquier cosa. La borrachera y las travesuras en las que estuvo involucrado anoche, un desayuno tranquilo esta mañana, la discusión que tuvo con su esposa, un incidente en el trabajo. Pueden pensar que sucesos como estos no tienen valor para ustedes como

narradores, como cineastas, pero juntos podemos encontrar algo valioso en lo que a primera vista parece mundano. Las buenas películas surgen de los momentos más simples y pequeños. Miren con nuevos ojos las banalidades diarias de la vida y vea cuán fascinantes son en realidad. Como cineastas, nuestro trabajo es observar, recordar y luego representar en la pantalla. Cuanto mejor observes, cuanto más intensamente des testimonio al mundo, mejor será tu trabajo. Si hay historias con las que están repletos, aprovechen esta oportunidad para contarlas a otros.

La base de las películas que hagan en los próximos días probablemente ya esté en sus cabezas: los personajes, paisajes y escenarios que contienen. Mi trabajo, el trabajo de todos aquí, es sacar estas cosas. A veces, un fragmento de diálogo o de imagen en mi mente puede convertirse en un drama completo. El punto de partida de cada una de mis películas es un momento que me contaron o que presencié, y luego mantuve atento hasta que encontré algún uso creativo para él. Mi cabeza sigue llena de historias que aún no he encontrado tiempo para desempacar. Eventualmente uno resuena de maneras distintas y a veces desconocidas, concediendo una nueva importancia y quizás perfilando la fuente de una película.

Cuando selecciono a los participantes para la escuela en Teherán donde he trabajado durante años, no pregunto qué saben de cine o si alguna vez han hecho una película. Les pido que me cuenten una historia. Lo que se le ocurre a alguien y la habilidad con la que lo cuenta (saber cuándo hacer una pausa para lograr un efecto dramático, cómo presentar nuevos personajes, qué omitir, cuándo poner fin a la historia) son las mejores formas de saber si esta persona podría ser un cineasta competente. Comprender la relación entre el narrador y el oyente es esencial. Uno de los poemas de Rumi nos dice que si hay elocuencia, entusiasmo y energía dentro de